



Los *philosophes*, los *antiphilosophes* y la opinión pública en Francia hacia 1760

Victor Cases Martínez*

RESUMEN

En 1760 Palissot estrena *Les philosophes*, una comedia que expone dos problemas que preocupan a los *antiphilosophes* y a los enciclopedistas: está muy de moda hacerse llamar *philosophe*, aunque no se merezca tal denominación; quienes se jactan de entregarse de manera altruista a la batalla contra los prejuicios de la época emplean las artimañas más viles contra sus semejantes para lograr la codiciada plaza o el aplauso del público al que creen poder manipular a su antojo. Mediante el análisis de los textos en torno a la figura del *philosophe* en la Francia del siglo XVIII, y en particular los que alertan contra el deterioro de su imagen pública motivado por las querellas literarias, el artículo rescata fuentes que apenas han sido estudiadas, que resultan decisivas para comprender cómo los hombres de letras se perciben a sí mismos y valoran su ascendencia social sobre la multitud iletrada, despreciada tan a menudo. Desde esta perspectiva, el *philosophe* aparece como una figura polémica que se postula como el director de la opinión pública.

Palabras clave: *philosophes*; *antiphilosophes*; opinión pública; Francia; siglo XVIII

Philosophes, antiphilosophes e a opinião pública na França por volta de 1760

RESUMO

Em 1760, Palissot estreou *Les philosophes*, uma comédia que expunha dois problemas que preocupavam os *antiphilosophes* e os enciclopedistas: estava na moda chamar-se a si mesmo de *philosophe*, mesmo que não se merecesse tal designação; aqueles que se gabavam de se dedicar altruisticamente à batalha contra os preconceitos da época usavam os truques mais vis contra seus semelhantes a fim de obter o lugar cobiçado ou o aplauso do público que acreditavam poder manipular como desejavam. Ao analisar textos sobre a figura do *philosophe* na França

DOI: <http://dx.doi.org/10.1590/2237-101X02405302>

Artigo recebido em 16 de janeiro de 2022 e aceito para publicação em 22 de agosto de 2022.

* Professor da Universidad de Valladolid – Espanha. E-mail: vcases@um.es. ORCID: <https://orcid.org/0000-0001-5665-0481>.

do século XVIII, e em particular aqueles que advertem contra a deterioração da sua imagem pública causada por disputas literárias, o artigo recupera fontes pouco estudadas, que são decisivas para compreender como os homens de letras se percebem a si próprios e valorizam a sua ascendência social sobre a multidão, tantas vezes desprezada, de analfabetos. Nessa perspectiva, o *philosophe* aparece como uma figura polémica que se coloca a si próprio como o diretor da opinião pública.

Palavras-chave: *philosophes*; *antiphilosophes*; opinião pública; França; século XVIII

Philosophes, Antiphilosophes and Public Opinion in France circa 1760

ABSTRACT

In 1760, Palissot presented *Les Philosophes*, a comedy that raised two problems that concerned *antiphilosophes* and encyclopedists: the widespread adoption of the label *philosophe*, even among those not deserving the title; and the manner in which those who boasted about altruistically devoting themselves to the struggle against the prejudices of the time employed the most despicable ruses against their peers in order to achieve a coveted position and the applause of the public, which they believe they could manipulate at will. This article analyzes texts about the figure of the *philosophe* in eighteenth-century France, and in particular those who warned against the deterioration of their public image as a result of the literary quarrels. In doing so, the article recovers scarcely-studied sources that are important for understanding how men of letters perceived themselves, valuing their social ascendancy over the often scorned illiterate multitude. From this perspective, the *philosophe* appears as a polemical figure who sees himself as the director of public opinion.

Keywords: *Philosophes*; Antiphilosophes; Public Opinion; France; Eighteenth Century

Introducción

El viernes dos de mayo de 1760 una multitud de espectadores se agolpaba a la entrada de la Comédie française. “Nunca se había visto semejante tumulto”, confiesa el abogado Barbier en su *Journal* (BARBIER, 1857-1866, v. VII, p. 249-250). La obra cuyo estreno era capaz de suscitar una respuesta de esta envergadura no contenía, como tal vez cabría esperar, la firma de uno de los grandes de la escena francesa. Su autor, Charles Palissot de Montenois, no era ningún desconocido, pero no por la excelencia de sus piezas teatrales, sino porque desde hacía varios años su nombre aparecía asociado a otros como el de Élie-Catherine Fréron, el redactor principal de *L'année littéraire*, que no escatimaban esfuerzos a la hora de criticar a los *philosophes*. Tras *Le cercle ou les originaux*, estrenada en el teatro de Nancy – la

ciudad natal de Palissot – el 26 de noviembre de 1755 con motivo de la inauguración de la estatua de Luis XV, y la publicación de las *Petites lettres sur des grands philosophes* en 1757, el importante miembro de la *cábala*¹ antifilosófica volvía a la carga con una comedia titulada *Les philosophes* donde retrataba los ruines intereses de quienes se jactaban de entregarse de manera altruista a la dura batalla contra los prejuicios de la época.

La pieza teatral de Palissot desató de inmediato una intensa guerra de panfletos, que se sumaron a la enorme cantidad de libelos que vieron la luz tras el discurso de recepción en la Académie française pronunciado por Jean-Jacques Le Franc de Pompignan en marzo del mismo año. A estas alturas del siglo XVIII, las gentes de letras saben que su prestigio se pone en juego más allá de los muros de aquellas academias que adquirieron naturaleza oficial la centuria anterior gracias al impulso de Richelieu y Colbert². La creciente ascendencia social de la nueva clase de los intelectuales³ ha de ser defendida por estos en la arena pública, donde acontecen las numerosas sátiras que denuncian la altanería de los *philosophes*.

Sin embargo, las continuas disputas literarias minaban la reputación de los *philosophes*, lo cual suponía un serio revés para sus aspiraciones, pues el objetivo último de estos no consistía en la creación de un *corpus* doctrinario capaz de mostrar a los lectores cada vez más numerosos las bondades del ejercicio racional. Antes bien, tenía que ver con la instauración de una nueva elite intelectual que supo beneficiarse del debilitamiento de las viejas estructuras que sostenían el edificio del Antiguo Régimen.

Esta perspectiva permite deshacernos de una vez por todas de aquella imagen cándida de los hombres de letras, que hallamos, por ejemplo, en el clásico trabajo de Daniel Mornet, según el cual las nuevas teorías alumbradas en las altas esferas de la sociedad descienden hasta el pueblo y desde aquí impulsan el espíritu revolucionario (MORNET, 1933). Como advierte Roger Chartier, la operación de Mornet se sostiene a partir de una premisa errónea, según la cual las ideas no sufren ninguna transformación durante los complicados procesos de apropiación y reapropiación a los que están sometidas (CHARTIER, 2003).

Frente a la tesis de Mornet, que Robert Darnton califica como “una especie de cafetera francesa” (DARNTON, 2008, p. 257), el análisis aquí propuesto subraya la dimensión

¹ Es un término muy extendido para referirse despectivamente a los autores que critican con dureza a los *philosophes*. *Laléthophile ou l'ami de la vérité*, por ejemplo, habla de Fréron como “le Chef de la cabale” ([LA HARPE], 1758, p. 11). El propio Palissot pone la palabra en boca del poeta que aparece en *Le cercle ou les originaux*, M. du Volcan, quien afirma que fue sin duda “la cabale” la responsable de los silbidos que dedicaron los espectadores a su excelente obra de teatro (PALISSOT DE MONTENOY, [ca. 1760], escena 2, p. 23). Aunque es menos común, también encontramos el término referido a los *philosophes* – Palissot sin ir más lejos lo usa de este modo en las *Petites lettres sur de grands philosophes* (PALISSOT DE MONTENOY, 1757, p. 24) –, aunque en la mayoría de las ocasiones estos suelen aparecer a los ojos de sus adversarios como una “secta”.

² No es casual que D’Alembert, uno de los *philosophes* por antonomasia, a partir de 1761 deje de publicar sus memorias científicas en los volúmenes de la Académie française – de la que será *secrétaire perpétuel* desde 1772 – y las difunda a través de su propio editor, bajo la forma de *Opuscules*.

³ O, como diría D’Alembert, “la clase maldita de los *philosophes*” (D’ALEMBERT, 1967, p. 73).

polémica de la figura del hombre de letras (en mitad del conflictivo espacio público de la época) y apuesta, al igual que el historiador norteamericano, por una “deflación” de la Ilustración: no podemos aplicar esta etiqueta a la totalidad del pensamiento occidental en el siglo XVIII, sino que hemos de reconocer, bajo este nombre, un movimiento concreto, que, si bien se diseminó a través de muchos lugares (Londres, Ámsterdam, Milán...), se definió como una causa en el París de Voltaire y la *Encyclopédie*, como una campaña orquestada por una elite que inventó para sí una nueva denominación, que se ajustó a un nuevo tipo ideal, el *philosophe*, “en parte hombre de letras, en parte hombre de mundo metido de cabeza en el uso de las letras para liberar al mundo de la superstición” (DARNTON, 2003, p. 292).

1. La moda de los pretendidos *philosophes*

La trama de la comedia de Palissot queda expuesta desde la primera escena del primer acto. Damis no sale de su asombro al comprobar que su compromiso matrimonial con Rosalie ha sido anulado. Asimismo Marton, la acompañante de Cydalise – la madre de Rosalie –, no está menos sorprendida por el cambio de rumbo de los acontecimientos, que en los últimos tres meses han operado una auténtica metamorfosis en su señora: Cydalise ha reformado su casa con el fin de hacer de ella el lugar idóneo para las selectas veladas donde además de la cena se saborea un *vaudeville* o un exclusivo concierto, donde en ocasiones se habla de política aunque es la metafísica la que preside las conversaciones. El *bel esprit* – concluye Marton – es lo único que Madame adora, hasta el punto de que ha escrito un libro, inspirado en las extravagantes doctrinas de esos charlatanes que usan todo tipo de estratagemas para ganarse la crédula admiración de Cydalise. Es Damis, sin embargo, el primero que pronuncia el término que da título a la comedia: ¿estás hablando de *philosophes*?, pregunta a Marton. Sí, responde esta, “París está lleno de ellos” (PALISSOT DE MONTENOY, 1760, acto I, escena 1, p. 7). Como cabía esperar, es a uno de esos *beaux esprits*, un tal Sr. Carondas, a quien Cydalise, “embruja⁴”, ha entregado la mano de su hija.

La obra presenta así desde el comienzo uno de los motivos más recurrentes de lo que podríamos denominar la literatura *antiphilosophique*: los *philosophes* están muy de moda, o, mejor dicho, está muy de moda hacerse llamar *philosophe*, con independencia de los méritos o los talentos que reúna quien presume de dicha denominación.

El problema no solo merece la atención de los enemigos de los afamados hombres de letras. El primer párrafo de la contribución de César Chesneau Dumarsais a las *Nouvelles libertés de penser* no puede ser más elocuente:

⁴ “Embruja hasta tal punto que he perdido toda esperanza”, confiesa Marton (PALISSOT DE MONTENOY, 1760, I, 1, p. 5).

No hay nada que cueste menos adquirir hoy que el nombre de *Philosophe*: una vida oscura y retirada, cierta apariencia de sabiduría con un poco de lectura bastan para obtener este nombre a personas que se honran con ello sin merecerlo ([DUMARSAIS], 1743, p. 173).

Publicado en 1743 dentro de un libro anónimo, el texto que lleva por título “Le Philosophe” y fue atribuido a Voltaire, Diderot y La Mettrie⁵ es probablemente, como afirma Jin Lu, la primera propuesta de “una definición razonada y completa de este nuevo tipo de *philosophe* que se llamará el *philosophe* de las Luces” (LU, 2005, p. 5-6).

El inicio del texto de Dumarsais convence incluso al *Journal de Trévoux*, a pesar de que el periódico fundado en 1701 se mostró beligerante con los nuevos hombres de letras desde muy pronto⁶. La reseña que los jesuitas dedicaron a las *Nouvelles libertés de penser* no puede dejar de suscribir la primera frase del quinto capítulo del libro, aunque el periodista lamenta que el autor del texto haya usado el verbo “adquirir” cuando debería haber empleado una expresión mucho más contundente, como “tomar” o “usurpar”.⁷

Transcurridas más de dos décadas desde la publicación de las *Nouvelles libertés de penser*, la entrada “Philosophe” de la *Encyclopédie* de Diderot y D’Alembert –perteneciente al duodécimo volumen, publicado en 1765– es un resumen del escrito de Dumarsais con ligeras variaciones en el segundo párrafo, que subraya la libertad de pensamiento y sobre todo el desprecio de los “únicos *philosophes* verdaderos” a los demás, a las almas débiles y pusilánimes adormecidas bajo el yugo de la superstición ([DUMARSAIS], 1972, v. XII, p. 509), la cual funciona una vez más como una potente arma arrojada que los hombres de letras lanzan contra el que califican como servil populacho.

El hecho de que tanto unos como otros, los fieles seguidores del texto de 1743 cuya vigencia permanece intacta veintidós años más tarde y los adversarios de los orgullosos desfacedores de prejuicios, compartan la misma inquietud demuestra que nos enfrentamos a un concepto polémico, bajo el cual se sitúan en el siglo XVIII no solo los nombres propios (Voltaire, Diderot, D’Alembert y compañía) que la posteridad ha designado con el título “prostituido” por tantos espíritus mediocres según la literatura de la época (GARNIER, 1764, p. 4), sino también algunos de los que hoy llamamos *antiphilosophes*. Entre ellos, según Jin Lu, se encuentran los jesuitas del *Journal de Trévoux* y Élie-Catherine Fréron; pero cabría citar asimismo a otros como el ya mencionado Jean-Jacques Le Franc de Pompignan, cuyo discurso de recepción en la Académie française, pronunciado el diez de marzo de 1760 (LE FRANC DE POMPIGNAN; DUPRÉ DE SAINT-MAUR, 1760)⁸, desató una virulenta

⁵ Sobre el problema de la autoría del texto y sus distintas atribuciones, véase Dieckmann (1948, p. 1-26).

⁶ Según Jin Lu, la abierta oposición de las *Mémoires de Trévoux* a los “pretendidos *philosophes*” se manifiesta ya en los años treinta, veinte años antes de que Fréron tomara conciencia de la magnitud del movimiento *philosophique* (LU, 2005, p. 85).

⁷ *Journal de Trévoux...*, Article LXIII, agosto 1743, v. XLIII, p. 2290-2291.

⁸ Le Franc de Pompignan fue elegido para ocupar la plaza vacante tras el fallecimiento de Maupeituis.

guerra de panfletos, avivada dos meses más tarde por el *vaudeville* de Palissot (GUÉNOT, 1986; ROGGERONE, 1983; SHOWALTER, 1997)⁹. Los enemigos de los enciclopedistas propugnaban una definición de *philosophe* distinta de la propuesta por sus oponentes, que en su opinión no podían pretender un título reservado para quienes aunaban la pasión por el estudio y la fe cristiana.

Un concepto polémico vehicula siempre una figura controvertida, que en su momento álgido no deja de recibir críticas, como las que sorprenden a los *philosophes* de Palissot en plena faena, en mitad de su astuto plan. Acostumbrados a celebrar su incontestable éxito y su irresistible ascendencia sobre los espíritus ingenuos como el de Cydalise, no dan crédito a la noticia que trae Valere: “Cierta autor en una comedia / quiere, se dice, representarnos”. Encendido, su colega Dortidius lo califica de “crimen de Estado”. Ambos, junto con Théophraste, quien completa el trío de cómplices¹⁰ del señor Carondas, no pierden el tiempo y comienzan a tramar su venganza: se trata de difamar al autor de tal obra sirviéndose de pobres infelices que hacen así el trabajo sucio, que componen sátiras y libelos contra la pieza que comete semejante osadía; hay que ganarse a los actores y a las actrices, proclama Valere, “tenemos un partido hasta en los bastidores”, y en cuanto al público, concluye el *philosophe*, “no tenemos más que aparecer: nos teme” (PALISSOT DE MONTENOY, 1760, III, 4, p. 78-79).

2. Las intrigas del mundo literario

La curiosa referencia metaliteraria, que en este caso parece una alusión a la propia comedia que se está representando, da pie a Palissot para introducir otro de los asuntos que no suele faltar a la cita en los textos en torno a la polémica de los nuevos hombres de letras: quienes presumen de unos principios inquebrantables y un comportamiento ejemplar no dejan de intrigar y no dudan a la hora de utilizar las artimañas más mezquinas para conseguir las plazas o los empleos más codiciados, para ganarse los favores de un grande o de la dama que regenta el salón más reputado de París, para recibir el aplauso de un público al que creen poder manipular a su antojo.

Incluso en el bando de los *philosophes* no escasean las voces que de modo más atemperado entonan una crítica parecida. Así Voltaire, quien resulta sin lugar a dudas una buena piedra de toque cuando se trata de pulsar el sentir de los *philosophes*, pese a que estos no constituyen un todo homogéneo. En su “Lettre sur les inconvénients attachés à la littérature”

⁹ Para obtener una perspectiva más amplia de los conflictos entre *philosophes* y *antiphilosophes*: Connors (2012), Ferret (2007) y Masseur (2000).

¹⁰ Cada uno de los personajes representa a un *philosophe* contemporáneo de Palissot: Dortidius encarna a Denis Diderot, Théophraste a Charles Duclos y Valere a Claude-Adrien Helvétius.

(VOLTAIRE, 1953), escrita según Theodore Besterman entre 1737 y 1742¹¹, el celebrado autor de *La Henriade* intenta mostrar a Le Févre, el destinatario de la misiva, la gran cantidad de obstáculos que va a tener que superar si persevera en su marcada vocación de hombre de letras: si el examinador (que ha de conceder o denegar el preceptivo privilegio de impresión) no forma parte de la red de personas afines al autor, advierte Voltaire, si no es ni tan siquiera amigo de sus amigos, sino que pertenece al bando rival, el objetivo será hartamente complicado; si el propio censor es enemigo directo del escritor, la consecución de la licencia será una misión casi imposible.

Si, después de un largo proceso de rechazos y negociaciones, prosigue Voltaire, su libro sale a la luz, entonces debe usted “o adormecer a los Cerberos de la literatura o hacerles ladrar a su favor”. Pero lograr una crítica favorable de las gacetas literarias más importantes de Francia y Holanda no es tarea fácil, pues a los librereros que despachan los periódicos les interesa que estos sean satíricos, ya que venden más ejemplares si son capaces de fomentar “la malignidad del público”, cuya injusta crueldad, apostilla Voltaire, es padecida ante todo por los dramaturgos.

A pesar de que escuche las campanas de la reputación, aunque el cortejo de escritores, protectores, abates, doctores o vendedores ambulantes arroje resultados positivos, según Voltaire el hombre de letras nunca está a salvo de la crítica feroz del periodista de turno. Si el autor decide responderle y alimenta de este modo una querrela literaria que puede no tener fin, entonces el público, que se divierte con los numerosos libelos y sátiras que se lanzan los litigantes, condena a ambas partes al ridículo.

“Hay que ser de un partido – sentencia Voltaire –, o bien todos los partidos se reúnen contra usted”. Es sin duda imprescindible si pretende algún día ingresar en la Académie française, para lo cual no basta con los méritos que haya podido sumar durante cuarenta años de duro trabajo, sino que es necesario contar con los apoyos adecuados. Solo así, mediante cábalas y estudiadas maniobras, puede satisfacer el oscuro objeto de deseo por el que suspira la totalidad de hombres de letras.

A pesar de que no se cuenta entre los textos más citados a la hora de abordar la cuestión acerca de los hombres de letras en la Francia del siglo XVIII, la carta de Voltaire es un fiel testigo de la problemática que es objeto de nuestro análisis. En primer lugar, quien anhela una carrera literaria debe ser plenamente consciente de que “las plazas destinadas a las gentes de letras se dan a la intriga, no al talento” (VOLTAIRE, 1953, p. 421-422).

A este crudo diagnóstico se le suma la honda preocupación por la manera como el público percibe las agrias disputas que protagonizan los hombres de letras. Es esta una inquietud que se deja notar en numerosos textos, aun antes de la batalla de 1760. Entre los autores que alertan contra los peligrosos efectos de las riñas en el seno de la república de las letras se encuentran dos de los próximos secretarios perpetuos de la Académie française. En

¹¹ Sobre la fecha de redacción de la carta, véase la introducción de Besterman (VOLTAIRE, 1953, p. 420-421).

su *Essai sur la sociét́e des gens de lettres et des grands, sur la réputation, sur les mécènes, et sur les récompenses littéraires*, publicado en 1753, D'Alembert lamenta el bochornoso espectáculo representado por las continuas “guerras de pequeñas sociedades”. La contemplación de tal escena debería persuadir a los hombres de letras que no dejan de rivalizar contra sus adversarios, “pero los *philosophes*, o más bien aquellos que llevan este nombre, demasiado parecidos a los soberanos, no pueden disimular el menor insulto; y el deseo de tomarse la venganza les resulta a menudo mucho más dañino que el insulto mismo” (D’ALEMBERT, 2003, p. 19-20). Unos años más tarde, D'Alembert cargará con dureza contra los escritores que trafican con los elogios y las sátiras, que no mancillan la reputación de aquellos a los que atacan, sino que se desacreditan a sí mismos y, lo que es más grave, socavan el prestigio de las letras, pues la mayor afrenta que estas pueden sufrir no es la que proviene de quienes las ignoran, sino la que resulta del indigno comportamiento de aquellos que las cultivan (D’ALEMBERT, 1967, p. 77).

La inquietud ante los perniciosos efectos de las rivalidades literarias parece aumentar en 1760. El desasosiego se percibe a ambos lados de la disputa, tanto en el bando de los *philosophes* como en el de sus adversarios. Entre los primeros, el *Journal Encyclopédique* avisa de las nefastas consecuencias que puede acarrear el acalorado enfrentamiento.¹² El periódico publica en diciembre una elogiosa reseña del *Épître à monsieur de Voltaire* de Sébastien-Marie-Mathurin Gazon-Dourxigné (que vio la luz ese mismo año), del que cita unos versos cuyo mensaje sin duda suscribiría por completo la gaceta¹³:

Deja en paz murmurar a la cábala indiscreta;
 ¿Qué te importa el exceso de su malignidad?
 Con el simple desprecio debes confundirlos;
 Y no te envilezcas sobre todo al responderles;
 Todo escrito satírico es indigno de ti,
 Y tu genio está hecho para un empleo más noble.
 Voltaire, todo París con impaciencia
 Espera otros efectos de tu viril elocuencia.
 Vuelve a la senda que tu Musa ha abandonado,
 Y para mejor castigarlos por su temeridad
 Alumbra en el teatro un nuevo Fenómeno.

Como hemos señalado, no son pocos los detractores de los nuevos *philosophes* que comparten la opinión según la cual una batalla de tal envergadura no puede sino dañar la reputación de las letras. Cabe mencionar por ejemplo a Charles-Pierre Coste d’Arnobat,

¹² *Journal Encyclopédique*, mayo 1760, p. 130.

¹³ *Journal Encyclopédique*, dic. 1760, p. 116-117.

quien vaticina que Palissot va a ser la primera v́ctima de una contienda que traerá la desgracia tanto para el bando que sucumba como para el partido triunfante, pues la victoria de este ́ltimo est́ fundada sobre la perfidia. Pese a criticar con dureza a los petulantes sabios “que consideran el universo como su escuela y el ǵnero humano como su pupilo” – el entrecomillado reproduce un fragmento de la *Encyclopédie* del que ya se hab́an servido Giry de Saint-Cyr y Abraham Chaumeix para denunciar la arrogancia de los *philosophes* ([COSTE D’ARNOBAT], 1760, p. 5)¹⁴ –, aunque las peligrosas ideas de los personajes representados en la comedia de Palissot puedan merecer seǵn Coste d’Arnobat un escarmiento ṕblico, el intenso combate no favorece a nadie.

La desazón con respecto a las continuas disputas literarias no desaparece tras el caso Palissot y la querrela de Le Franc de Pompignan. La imagen ṕblica de los hombres de letras, rehabilitada en buena medida a raíz de la campaña en defensa de Jean Calas orquestada por Voltaire, continúa amenazada por los visibles enfrentamientos que dividen el mundillo intelectual. El problema es tan evidente que merece ser mencionado por Gabriel-François Coyer en su discurso de recepci3n en la Académie royale des sciences et lettres de Nancy, pronunciado el ocho de mayo de 1763: “¿Por qú fatalidad sucede que el hombre de letras es tan a menudo arrastrado a la arena por otro hombre de letras para divertimento del Ṕblico?” (COYER, 1763, p. 26).

Entre otros, Jean-Jacques Garnier, Louis-Sébastien Mercier y el bar3n D’Holbach comparten la opini3n de Coyer. El primero aborda el problema en el sexto capítulo de *L’homme de lettres* (publicado en 1764). A prop3sito de la utilidad de las gentes de letras, Garnier aconseja a quienes a su juicio representan en la sociedad el papel de los ojos en el cuerpo humano que no se desvíen del camino que les corresponde, que no dejen de ser “laboriosos, aplicados, justos y modestos; que respeten a sus Rivales, que se respeten a sí mismos; y se les otorgará de inmediato la consideraci3n y estima debidas” (GARNIER, 1764, p. 163).

Seǵn Mercier, las gentes de letras resultarían invencibles si concentraran sus fuerzas y conformaran un cuerpo en el que todos sus miembros se reconocieran bajo los mismos intereses: “Una pluma que no debe estar consagrada más que al bien ṕblico”, afirma el autor de *Le bonheur des gens de lettres*, no ha de emplearse para despellejar a un adversario. Si los escritores no profanáis vuestro verbo, concluye Mercier, “la multitud envidiosa ya no tendrá excusas para negaros su homenaje y ejercer el triste derecho de calumniar vuestras costumbres, y vosotros despreciaréis los sordos complots del fanatismo y de la ignorancia” (MERCIER, 1766, p. 54-56).

¹⁴ Se trata de un fragmento de la voz “Encyclopédie” correspondiente al quinto volumen del diccionario editado por Diderot (el autor de la entrada) y D’Alembert, aunque en este caso el sujeto de la oraci3n es singular y hace referencia en concreto al editor capaz de tratar las materias de tal modo que resulten accesibles para la multitud e interesantes para los lectores más cultivados (DIDEROT, 1972, v. V, p. 648). Véase también Giry de Saint-Cyr (1758, p. XLII) y Chaumeix (1760, p. 5).

La invocación de *Le bonheur des gens de lettres*, publicado en 1766, cristaliza cuatro años después en la utopía que dibuja *L'An 2440*, el futuro visto a través de los ojos del dulce sueño de un francés del siglo XVIII, quien al salir del pequeño gabinete que ocupa el lugar de la otrora inmensa biblioteca real (la cual solo conserva un puñado de libros selectos que condensan el saber de la humanidad, pues el resto han sido quemados) entabla una conversación con una persona que le pregunta por los hombres de letras, que según el habitante del futuro “se han convertido en los ciudadanos más respetables”. Solo conocí a unos pocos, responde su interlocutor, que profesa una gran admiración por quienes tenían el coraje necesario para desafiar “el insolente desprecio de los grandes y las palabras imbéciles del vulgo” (MERCIER, 1786, v. I, p. 372-374). En 2440 quienes pretenden un asiento en la Académie française no tienen que conspirar para conquistar un territorio usurpado por los ricos carentes de talento, no han de recurrir a las flechas de la sátira que se vuelven siempre contra quienes las disparan. De tal manera que el espectáculo más edificante para un viajero del siglo XVIII es la sincera amistad entre los distinguidos hombres de letras, que se abrazan, lloran de alegría y se prometen un afecto eterno (MERCIER, 1786, v. II, p. 1-25).

La *Éthocratie ou le Gouvernement fondé sur la morale* del barón D'Holbach (que vio la luz en 1776) no imagina una utopía a la manera de Mercier, sino que propone medidas para evitar que los *savants* mancillen su reputación mediante determinadas prácticas que no son propias de aquellos que se ocupan de instruir a sus conciudadanos para combatir la fuente de los vicios de los hombres, que no es otra que la ignorancia. El cometido de un buen gobierno es favorecer el progreso de las ciencias, las letras y las artes, dotar a estas actividades de la libertad necesaria para que puedan florecer y tratar con sumo cuidado a quienes contribuyen con su buen hacer a la erradicación de las malas costumbres. “Solo la tiranía teme las luces”, escribe D'Holbach, una autoridad preocupada por la felicidad del pueblo sobre el que legisla no se siente incómoda ante la libertad de prensa (que no es sino una de las traducciones posibles de la libertad de pensar, de hablar, de escribir y de publicar), como se pone de manifiesto en el caso de Turgot, que no solo no se inquieta ante las críticas, sino que como ministro ilustrado necesita según D'Holbach el apoyo de una opinión pública libre de prejuicios para llevar a cabo sus reformas ([D'HOLBACH], 1776, p. 162).

Publicada el año que fue testigo del cese del inspector general de finanzas alabado por el autor, la *Éthocratie* defiende que la natural ascendencia de los hombres de letras sobre los ciudadanos de a pie debe ser protegida por el legislador, que tal vez podría establecer un tribunal donde los actos de vanidad y pobreza de espíritu cometidos por los literatos fueran juzgados por sus colegas más eminentes. Los verdaderos *savants*, “cuyo salario debe ser la estima del público” ([D'HOLBACH], 1776, p. 170), no tienen tiempo para intrigar, tramar cábalas, hacer la corte a los grandes o cautivar a las mujeres influyentes; y el Estado no puede permitir que los incentivos que concede para estimular el talento de *les gens de lettres* vayan a parar a esos individuos mediocres cautivados por los placeres de la fortuna.

3. La ascendencia de los hombres de letras

Cuatro años antes de ser elegido como secretario perpetuo de la Académie française, Charles Duclos publicó sus *Considérations sur les mœurs de ce siècle*, en cuyo décimo capítulo, dedicado a las gentes de letras, aconseja encarecidamente a estas que se desprendan de la vil animosidad que mantienen entre sí. Las rivalidades que enfrentan a los hombres de letras representan para Duclos una escena lamentable, donde da la impresión de que los bárbaros literatos ocupan el lugar que la Antigüedad reservaba a los animales que combatían entre sí para deleite de los espectadores (DUCLOS, 1751, p. 269)¹⁵.

Les gens d'esprit socavan así su reputación ante el público, un público que según Duclos prefiere a los *amateurs de bel esprit* antes que a los *philosophes*. Tal aseveración forma parte del siguiente capítulo de las *Considérations*, cuyo título, “Sur la manie du bel esprit”, resulta bastante elocuente: “Esta masa de pretendientes del *bel esprit*” (DUCLOS, 1751, p. 272), estos charlatanes que permanecen casi completamente ociosos “usurpan en la opinión una especie de superioridad sobre los talentos mismos” (DUCLOS, 1751, p. 275-276), sobre quienes reúnen los auténticos méritos intelectuales dignos del aplauso de la sociedad a la que sirven. A juicio de Duclos los *beaux esprits* cuentan con una gran ventaja con respecto a los *philosophes*, ya que mientras la reputación de estos últimos queda circunscrita a un dominio bastante delimitado, la notoriedad de aquellos adquiere un eco mucho mayor, mientras los *philosophes* no pretenden sino la preciada estima de sus pares “la gloria del *bel esprit* es sentida y publicada por el común de los hombres, quienes hasta cierto punto se encuentran en disposición de concebir tales ideas, pero se sienten incapaces de producirlas bajo la forma en que estas se les presentan” (DUCLOS, 1751, p. 291).

Con todo, Duclos se muestra bastante respetuoso con el público. Contra lo que se desprendía de las palabras de los *philosophes* representados por Palissot, el que será secretario perpetuo de la Académie française niega de manera rotunda la posibilidad de que un individuo concreto o una sociedad determinada sea capaz de fijar el juicio del público, que no funciona al dictado de nadie aunque en ocasiones una “cábala” pueda provocar que ciertas empresas obtengan un éxito efímero o un eventual revés. Someter al público, añade Duclos, es hoy aún más difícil que en el siglo XVII, cuando este no era tan instruido o se vanagloriaba menos de su respetable posición de juez (DUCLOS, 1751, p. 266-267).

A pesar de la profunda estima que Duclos profesa hacia aquella entidad menospreciada por los personajes ridiculizados en la comedia de Palissot, la edición de 1767 de las *Considérations* añade un párrafo que subraya la ascendencia de los hombres de letras sobre la opinión pública:

¹⁵ Sobre el modelo de hombre de letras por el que apuestan los dos secretarios perpetuos que hemos mencionado, véase Masseau (2006).

Sin embargo, de todos los imperios el de *les gens d'esprit*, sin ser visible, es el más extendido. El poderoso manda, *les gens d'esprit* gobiernan, porque a la larga ellas forman a la opinión pública que tarde o temprano subyuga o derriba toda especie de despotismo (DUCLOS, 1767, p. 270-271).

Keith Michael Baker interpreta el añadido de Duclos a la edición de 1767 como un anuncio del nuevo rumbo que va a adoptar el concepto de opinión pública a partir de 1770, y ante todo en el decenio que concluirá con la Revolución, cuando “el término comienza a tomar las connotaciones propias del espíritu de las Luces y adquiere una resonancia más netamente política” (BAKER, 1987, p. 56). A juicio de Baker, desde mediados de siglo hasta 1780 la noción de opinión pública funciona más bien como una categoría social, se trata de una expresión que remite al acervo de usos y costumbres que caracteriza una sociedad determinada, un conjunto de valores con los que según Rousseau es preciso manejarse con sumo cuidado, de ahí las reticencias del escritor ginebrino frente al proyecto de construcción de un teatro en su ciudad natal:

Uno de los infalibles efectos de un Teatro establecido en una ciudad tan pequeña como la nuestra será cambiar nuestras máximas, o, si se prefiere, nuestros prejuicios y nuestras opiniones públicas; lo cual necesariamente cambiará nuestras costumbres por otras, mejores o peores, aún no digo nada, pero a buen seguro menos adecuadas a nuestra constitución (ROUSSEAU, 1762, p. 125).

Junto con la *Lettre à d'Alembert sur les spectacles*, Baker cita otros textos donde el uso de la expresión «opinión pública» contrasta con el sentido que este concepto toma en el nuevo párrafo de la edición de 1767 de las *Considérations*. Entre tales ejemplos se encuentra la primera edición del propio texto de Duclos, en cuyo tercer capítulo el autor alude al importante papel ejercido por la opinión pública al castigar con el desprecio y la vergüenza a aquellos que no infringen la ley (y por tanto esta no puede hacer nada contra ellos), pero contravienen las convenciones tácitas que rigen el comportamiento de las personas honestas (DUCLOS, 1751, p. 70-71).

Esta última referencia nos ayuda a enfocar el problema de un modo ligeramente distinto. La discordancia entre el nuevo párrafo incluido en la edición de las *Considérations* de Duclos de 1767 y el fragmento de la *Lettre* de Rousseau (que no es el que usa Keith M. Baker)¹⁶ queda subrayada hasta cierto punto con independencia del contexto, a partir del empleo de un determinante posesivo (“nuestras”) y ante todo del plural (“opiniones públicas”), el cual

¹⁶ Baker prefiere citar un par de líneas – pertenecientes a la *Lettre à d'Alembert sur les spectacles* – a propósito de la historia del duelo en Francia, en las que Rousseau manifiesta la firme resistencia al cambio de la opinión pública: “Ni la razón, ni la virtud, ni las leyes vencerán a la opinión pública, mientras no encontremos el arte de cambiarla” (BAKER, 1987, p. 55).

contraviene una de las máximas que dotan a la expresión *opini3n p3blica* de su potencia conceptual, de su alcance como idea directriz. En su di3logo con Roger Chartier acerca del espacio p3blico, el propio Baker afirmaba que lo m3s destacado de la noci3n de opini3n p3blica tal y como esta aparece en el siglo XVIII es precisamente que no fue conceptualizada como plural (BAKER; CHARTIER, 1994, p. 13). Por el contrario, la opini3n p3blica deb3a ser concebida como unitaria para llegar a ser definida como la autoridad 3ltima que provee de legitimidad a los diferentes actores sociopol3ticos. La concreci3n de la expresi3n empleada por Rousseau no concuerda demasiado, por tanto, con la opini3n p3blica abstracta, con aquella entidad racional, objetiva, estable, que rivaliza en los discursos de la 3poca con la monarqu3a misma.

Sin embargo, no podemos exagerar la distancia existente entre las dos ediciones del texto de Duclos a las que hemos aludido. Si bien el a3adido de 1767 proporciona a la noci3n de opini3n p3blica un alcance pol3tico que va m3s all3 de la significaci3n de dicha categor3a en la versi3n original de la obra, es justo reconocer que la edici3n de 1751 contiene ya algunos de los rasgos definitorios fundamentales de aquella entidad cuya formulaci3n no admite el plural. Caracterizada como un severo censor de costumbres, la opini3n p3blica se presenta como la instancia “que ejerce la justicia” (DUCLOS, 1751, p. 70), cuyo radio de acci3n sobrepasa las competencias de la legislaci3n positiva. Cuando hac3amos referencia al respeto que profesa Duclos por el p3blico, record3bamos c3mo el futuro secretario perpetuo de la Acad3mie fran3aise se mostraba en 1751 muy esc3ptico ante la posibilidad de manipular al auditorio o a los lectores en pleno siglo XVIII, lo cual resultaría a3n m3s complicado que en el siglo XVII, pues entonces el p3blico no era tan culto o “se jactaba menos de ser juez” (DUCLOS, 1751, p. 266). La opini3n p3blica aparece ya, por tanto, en la primera edici3n de las *Consid3rations* como una autoridad que detenta la potestad del supremo acto de justicia, como un poderoso *tribunal*, uno de los t3rminos m3s repetidos en la literatura de las Luces para designar esta nueva configuraci3n sociopol3tica. De 3l se sirve, por ejemplo, Malesherbes, en su discurso de recepci3n en la Acad3mie fran3aise pronunciado el dieciseis de febrero de 1775, cuando define la opini3n p3blica como “el juez soberano de todos los jueces de la tierra” (MALESHERBES, 1775, p. 5). Del mismo modo se expresa Jacques Necker, el ministro de finanzas que con la publicaci3n del *Compte rendu* de 1781 ratific3 de manera oficial el poder de la opini3n p3blica, “un tribunal donde todos los hombres que atraen sobre s3 las miradas est3n obligados a comparecer: ah3, la opini3n p3blica, como en lo alto de un trono, concede premios y coronas, hace y deshace las reputaciones” (NECKER, 1784, v. I, p. LVIII)¹⁷.

Una de las caracter3sticas determinantes de la noci3n de opini3n p3blica tal como esta aparece en el citado texto de Necker es, seg3n Baker, que dicho concepto se presenta bajo la forma de un tribunal, el cual, seg3n el *Compte rendu*, “reina sobre todos los esp3ritus”

¹⁷ Sobre este asunto puede consultarse la interesante contribuci3n de Lucien Jaume (2004).

(NECKER, 1784, v. I, p. 60) y es respetado incluso por los príncipes. La primera edición de las *Considérations* de Duclos contiene, por tanto, como afirmábamos antes, al menos el germen de uno de los principales rasgos que la noción de opinión pública exhibe en la década de 1780. Así pues, entre el texto original de 1751 y la quinta edición del mismo fechada en 1767 lo más novedoso, el lugar donde a nuestro parecer hay que poner el acento, donde recae en mayor medida el peso del nuevo párrafo añadido por Duclos, no es tanto la creciente politización de la opinión pública, sino más bien el decisivo papel que juegan los hombres de letras en la consolidación de ese nuevo tribunal al que nadie puede sustraerse.

Hacia 1767 *les gens de lettres* gozan de mayor reconocimiento en el seno de la sociedad francesa, ya se han rehecho tras las polémicas de las que fueron objeto en 1760, que a su vez agravaron su delicada situación después del frustrado regicidio de Luis XV perpetrado en 1757 por Robert-François Damiens, a quien según los jesuitas y los jansenistas (que se acusaban los unos a los otros del fallido atentado) habían trastornado las perniciosas doctrinas de los *philosophes* que no respetaban ningún tipo de autoridad. Voltaire alertó enseguida a D'Alembert ante la temible coyuntura a la que se enfrentaban:

¿Por qué es preciso que los fanáticos se respalden entre ellos y que los *philosophes* estén desunidos y dispersos? Reúna al rebaño. Coraje. Mucho me temo que Pierre Damiens puede hacerle bastante daño a la filosofía¹⁸.

El patriarca de Ferney no podía comprender hasta qué punto el escandaloso suceso del cinco de enero era solo el comienzo del “año calamitoso” – como lo denomina Élisabeth Badinter (2002, p. 265-305) – que apenas había echado a andar, que será testigo asimismo de la acusación de plagio que desacredita a Diderot, cuya primera obra de teatro, *Le Fils naturel*, es a juicio de Fréron¹⁹ una mala copia de la pieza de Goldoni *Il Vero Amico*, el enfrentamiento entre Rousseau y Diderot y la dimisión de D'Alembert de la dirección de la *Encyclopédie*.

A todo ello hemos de sumar las crecientes parodias del disperso “rebaño” de Voltaire, como las *Petites lettres sur des grands philosophes* de Palissot y las memorias sobre los *cacouacs* de Joseph Giry de Saint-Cyr (1993) y Jacob-Nicolas Moreau (1757)²⁰. Los textos que en 1757 arremeten con dureza contra los *philosophes* censuran el aire de autoridad de quienes, según

¹⁸ VOLTAIRE, 1798-1992, v. IV, lettre 4665 [D 7122], p. 924. La carta está fechada el 16 de enero de 1757. Aunque aquí el nombre de pila de Damiens sea Pierre y no Robert-François, no cabe ninguna duda de que Voltaire se refiere al individuo que apuñaló a Luis XV, a quien cita junto a François Ravaillac para afirmar a continuación que ni uno ni otro ni los regicidas que los precedieron pueden ser tachados de deístas, de *philosophes*.

¹⁹ *L'Année littéraire*..., 12 jul. 1757, p. 289-300.

²⁰ Más tarde Giry de Saint-Cyr publicará un nuevo título (que ya hemos mencionado) en la línea de los dos ya citados, aunque en este caso se trata de una sucesión de fragmentos extraídos de diversas obras firmadas por los *philosophes*: [GIRY DE SAINT-CYR], 1758.

Palissot, se consideran los “árbitros de la literatura” (PALISSOT DE MONTENOY, 1757, p. 10), “el tono de superioridad” del anciano que en la *Nouveau mémoire* de Moreau explica al prisionero de los *cacouacs* las sublimes hipótesis – encerradas en los siete cofres que simbolizan los siete volúmenes de la *Encyclopédie* publicados hasta esa fecha – que han de destruir los prejuicios del vulgo ([MOREAU], 1757, p. 53). Tal es la gloriosa misión que se arrojan los *cacouacs*, unos individuos tan extraños como peligrosos, pues aunque no poseen más que un arma, un veneno escondido bajo la lengua que pueden lanzar desde lejos, resultan letales debido a su extraordinaria capacidad para seducir a los demás, los cuales una vez apresados comienzan a desarrollar las ideas más extravagantes y crueles que brotan de una imaginación sobreexcitada (que odia el orden establecido y proclama la inexistencia de Dios).

En ambas memorias los *cacouacs* aparecen como unos charlatanes que encandilan a todos los incautos que entran en su radio de acción. Su lengua viperina oculta no solo su temible ponzoña, sino la que es sin duda su mayor virtud: los *cacouacs* dominan como nadie el arte de la conversación. “Nunca pierden de vista las ganas de agradar, de divertir y de seducir”, afirma Giry de Saint-Cyr (1993, p. 41); “su lenguaje tiene algo de sublime y de ininteligible que inspira el respeto y provoca la admiración”, constata Moreau (1757, p. 17). Tanto en la primera como en la segunda versión de la historia de esta peculiar colonia de individuos destacan las habilidades sociales de los *cacouacs*, que gustan de introducirse ante todo en los salones regentados por las mujeres más distinguidas, quienes son las víctimas preferidas de sus irresistibles encantamientos ([GIRY DE SAINT-CYR], 1993, p. 41-42). Si la conclusión de Moreau señala de manera explícita el término real de la metáfora de los *cacouacs* (que como es obvio no es otro que los *philosophes*, cuyas obras impresas son halladas por el prisionero al llegar a su patria, tras ser liberado por los *aléthophiles*)²¹, las últimas líneas del texto inicial de Giry de Saint-Cyr nos recuerdan el argumento de la comedia de Palissot con la que arrancamos este artículo. El placer que experimentan los *cacouacs* en las reuniones *mondaines* atemperadas por la discreta femineidad nos retrotrae a aquella Cydalise que hechizada por los *philosophes* pone su mundo patas arriba.

4. La dignidad del hombre de letras

Tras no pocos episodios que socavaron la imagen de los hombres de letras, estos consiguieron salvar el honor ante todo con la campaña de Voltaire en defensa de Jean Calas, el protestante sentenciado por el Parlamento de Toulouse y ejecutado el diez de marzo de 1762 por haber asesinado a su hijo Marc-Antoine al enterarse de que pretendía convertirse al catolicismo. Conmovido por el suceso, Voltaire inició una profunda investigación

²¹ Armados con su “silbido universal”, los *aléthophiles* vencen a los *cacouacs*, que caen de lo alto y huyen ([MOREAU], 1757, p. 92).

para demostrar la inocencia proclamada por el padre de familia hasta su muerte. Recabó testimonios de primera mano y examinó con suma atención las fuentes escritas, todo lo cual arrojaba como conclusión que Marc-Antoine se había suicidado en un acceso de melancolía. El autor del *Traité de la tolérance, à l'occasion de la mort de Jean Calas* (publicado un año después de la injusta condena) procuró movilizar no solo a sus contactos, sino a personalidades eminentes (escribió entre otros al ministro Saint-Florentin, pese a su conocida antipatía con respecto a los protestantes, y a la marquesa de Pompadour) y ganó la causa en el tribunal de la opinión pública. “Si algo puede frenar en los hombres la rabia del fanatismo es la publicidad”²². Tres años después del suplicio de Jean Calas el Consejo del rey rehabilitó la memoria del condenado, el juez que emitió la sentencia fue destituido y la familia Calas recibió una pensión real. Nadie, ni sus más acérrimos enemigos, podía discutir la valentía y el encomiable esfuerzo del gran abanderado de la lucha contra el fanatismo. La incontestable respetabilidad del patriarca de Ferney supuso un triunfo sin paliativos de la figura del *philosophe*, que desprendido de su utillaje académico había ganado la batalla en la arena pública²³.

Ahora más que nunca, tras la sufrida y valiosa victoria, Voltaire y compañía han de conducirse con mucha cautela si no quieren perder el favor del público, no pueden tolerar que las rivalidades internas lesionen su imagen. En una misiva dirigida el nueve de marzo de 1767 al marqués de Pezay, el patriarca de Ferney lamenta los desastrosos efectos de las invectivas literarias:

Toda sátira provoca otra, y hace nacer a menudo enemistades eternas (...) No conozco ninguna sátira que haya quedado sin respuesta. Las familias, los amigos entran en estas querellas. Es el veneno de la literatura. He combatido audazmente en esta arena, y nunca he sido el agresor.²⁴

Como indica Roland Mortier, parece sin duda paradójico que el más brillante satírico del siglo XVIII sea un declarado enemigo de la sátira (MORTIER, 1977), ese “veneno de la literatura” al que según Voltaire solo cabe recurrir en legítima defensa²⁵, y aun en ese caso conviene hacerlo con sumo cuidado para no mancharse con una práctica literaria que, como advertíamos antes, es repudiada por los lectores.

²² VOLTAIRE, 1978-1992, v. VI, lettre 7116 [D 10414], p. 862. Carta de Voltaire a una destinataria desconocida, 15 abr. 1762. En la misma carta, poco antes del citado fragmento, Voltaire sostiene que el Parlamento de Toulouse debería publicar el proceso judicial de Calas, del mismo modo que se publicó el de Damiens. Sobre el caso Calas y las bondades de la publicidad véase Pierre Lepape (1994, p. 323-343).

²³ Según Élisabeth Badinter, con el Voltaire del caso Calas ya asoma el personaje del intelectual comprometido que se desarrollará en el siglo XX (BADINTER, 2002, p. 379).

²⁴ VOLTAIRE, 1978-1992, v. VIII, lettre 10009 [D 14025], p. 1005. Carta de Voltaire a Alexandre-Frédéric-Jacques Masson, marqués de Pezay, 9 mar. 1767.

²⁵ VOLTAIRE, 1978-1992, v. X, lettre 12763 [D 17702], p. 1009. Carta de Voltaire a Jean-François de La Harpe, 19 abr. 1772.

El proṕsito de Voltaire, como bien afirma Mortier, es subrayar la dignidad del hombre de letras (MORTIER, 2000). El veterano patriarca de Ferney no siempre hab́a gozado de la privilegiada posici3n que ocupaba a finales de los ańos sesenta, cuando se pronunciaba contra los libelos que alimentaban las incesantes querrelas literarias. Poco despu3s, en 1770 los salones de D'Holbach, Helvétius y Mme Necker concibieron el proyecto de una estatua de Voltaire financiada mediante las suscripciones de los literatos²⁶, lo cual no pod́a sino resultar escandaloso, pues nunca antes un hombre de letras hab́a recibido en vida un homenaje de este tipo, reservado hasta entonces para celebrar la magnificencia del monarca. Diez ańos antes de que sus colegas aprobaran la iniciativa que concluy3 con la escultura de Pigalle de 1776, desde su plácida residencia en aquella pequeña localidad que apenas contaba cien habitantes en 1755 (año en que Voltaire se instal3 en Ferney) el gran patriarca léa la carta en la que el propio Palissot reconocía que algunos de los “escritores temerarios” contra los que hab́a compuesto su obra reci3n estrenada hab́an nombrado su jefe al ya sexagenario escritor, quien por supuesto seǵn el comedi3grafo no era ni de lejos uno de los “falsos *philosophes*” que hab́a representado en “una pieza que por su naturaleza era muy susceptible de hacer ruido”²⁷.

Conclusi3n

Puede que resulte algo exagerado afirmar, como pretende Tocqueville, que “los hombres de letras se convirtieron en los principales hombres poĺticos del pás” (TOCQUEVILLE, 2004, p. 191); pero no cabe ninguna duda de que, conforme avanza el siglo, la sociedad francesa siente cada vez m3s el peso, la ascendencia de quienes se alinean con el venerado patriarca de Ferney, que es plenamente consciente de ello. A finales de 1767, el año en que el nuevo p3rrafo ańadido por Duclos a las *Consid3rations* destaca el decisivo papel de las *gens d'esprit* sobre la opini3n p3blica, D'Alembert recibe una carta donde Voltaire proclama que “es la opini3n la que gobierna el mundo y es usted el que ha de gobernar la opini3n”.²⁸

Por tanto, el *philosophe* reclama el puesto de director de la opini3n p3blica, no se ofrece como un simple representante de la misma (VEYSMAN, 2004, p. 42), como sostenía el cl3sico estudio de J3rgen Habermas (2002, p. 75). Frente a la interpretaci3n del pensador alem3n, que no da cuenta de las tensiones que sacuden la esfera p3blica del siglo XVIII, es preciso subrayar que el *philosophe* se destaca como un personaje controvertido, que encarna perfectamente la doble dimensi3n de la opini3n p3blica de las 3ltimas d3cadas del Antiguo

²⁶ Roger Chartier cita la carta fechada en abril de 1770 en la que Mme d'Épinay cuenta a Ferdinando Galiani c3mo estos tres salones parisinos planearon el monumento a Voltaire ejecutado por Pigalle (CHARTIER, 1995, p. 192).

²⁷ [VOLTAIRE; PALISSOT DE MONTENOY], 1760, p. 9-11. Carta de Palissot a Voltaire, 28 mayo 1760.

²⁸ VOLTAIRE, 1978-1992, v. IX, lettre 10463 [D 14623], p. 231. Carta de Voltaire a D'Alembert, 26 dic. 1767.

Régimen, la cual se presenta, por una parte, desde el punto de vista político, como un espacio de discusión sustraído a la autoridad del príncipe, y se sostiene, por otro lado, desde el punto de vista sociológico, a partir de una distinción según la cual la embrutecida multitud, la *opini3n popular*, es incapaz de ejercer el *uso p3blico de la raz3n*²⁹.

Cuando se habla de opini3n – escribe Condorcet –, hay que distinguir tres especies: la opini3n de las personas ilustradas, que precede a la opini3n p3blica y acaba dictándole la ley; la opini3n cuya autoridad genera la opini3n del pueblo; la opini3n popular en fin, que es la de la parte del pueblo m3s estúpida y miserable (CONDORCET, 1776, p. 140).

El envejecimiento de los pilares del Antiguo Régimen (la desacralizaci3n de la monarquía³⁰, la desestructuraci3n de las creencias y pr3cticas religiosas³¹) posibilit3 la emergencia del *philosophe*, que no reprodujo ingenuamente los prejuicios arraigados en la sociedad del Antiguo Régimen, sino que se postul3 como el juez a quien remite en 3ltimo t3rmino la nueva instancia de legitimidad a la que ni siquiera la monarquía podr3 sustraerse, la opini3n p3blica, “no la opini3n de la multitud, que rara vez asciende hasta las Gentes de Letras, sino la opini3n de las Gentes de Letras, que desciende hacia la multitud, y la arrastra tras de s3 tarde o temprano” (MARMONTEL, 1776, p. 32)³². El *philosophe* se presenta as3 como un nuevo mes3as capaz de liderar la “iglesia invisible” cuya verdad termina imponiéndose:

Cuando hablo de la voz p3blica – escribe Diderot en 1766 –, no se trata de esa turba de gentes de toda especie que va en tropel al patio de butacas a silbar una obra maestra, a levantar el polvo del Sal3n y buscar en el libreto si debe admirar o criticar. Hablo de esa pequeña manada, de esa iglesia invisible que escucha, que observa, que medita, que habla bajo y cuya voz predomina a la larga y forma la opini3n general.³³

²⁹ Como es sabido, la expresi3n es de Kant: frente al *uso privado de la raz3n*, que es el que hace el individuo como parte de la “m3quina” estatal, en virtud de lo cual est3 obligado a cumplir escrupulosamente con las reglas establecidas, el *uso p3blico* de la misma, seg3n el autor de las *Cr3ticas*, el que se ejerce seg3n la m3xima ilustrada *sapere aude* (atr3vete a servirte de tu propio entendimiento), ha de ser siempre libre (KANT, 1989).

³⁰ Buena muestra de ello son los numerosos *malos discursos* originados a ra3z del fallido atentado contra Luis XV perpetrado por Damiens en 1757 (CASES MARTÍNEZ, 2021; RÉTAT, 1979; VAN KLEY, 1984).

³¹ Es muy sintomática, a este respecto, la espectacular ca3da del libro de religi3n, que constituía la mitad de la producci3n impresa en Par3s a finales del siglo XVII, una tercera parte hacia 1720, una cuarta parte a principios de los ańos cincuenta y tan solo la d3cima parte en la d3cada de 1780 (CHARTIER, 2003, p. 84).

³² Harry C. Payne seńala que los *philosophes* ve3an a la multitud como los terratenientes a sus trabajadores (PAYNE, 1976, p. 2).

³³ DIDEROT, 1876-1877, v. XVIII, p. 158. Carta de Denis Diderot a Étienne-Maurice Falconet, sep. 1766.

Desde el púlpito de su templo, esta “nueva aristocracia de los hombres de letras” – como la denomina John Pappas (1983, p. 342) –³⁴ no solo fija el sentido de las palabras que define la magna *Encyclopédie*, sino el lugar de todos aquellos que a su juicio están condenados a convertirse en sus fieles.

Fuentes primarias

L'Année Littéraire, ou Suite des Lettres sur quelques écrits de ce temps. París, 1757 [Bibliothèque nationale de France: MICROFILM M-26].

BARBIER, Edmond-Jean François. *Chronique de la Régence et du règne de Louis XV (1718-1763) ou Journal de Barbier*. París: Charpentier, 1857-1866, 8 v.

CHAUMEIX, Abraham Joseph de. *Les philosophes aux abois, ou Lettres de M. de Chaumeix, à messieurs les encyclopédistes, au sujet d'un libelle anonyme intitulé Justification de plusieurs articles du Dictionnaire encyclopédique, ou Préjugés légitimes contre Ab. Jos. de Chaumeix*. Bruselas [París]: viuda Lamesle, 1760.

CONDORCET, Jean-Antoine-Nicolas de Caritat, marquis de. *Réflexions sur le commerce des bleds*. Londres: [s.n.], 1776.

[COSTE D'ARNOBAT, Charles-Pierre]. *Le philosophe ami de tout le monde, ou Conseils désintéressés aux Littérateurs, par M. L... C... qui n'est pas Littérateur*. Sopholis: le Pacifique, 1760.

COYER, Gabriel-François. *Discours prononcé dans l'Académie royale des sciences et lettres de Nancy, par M. l'Abbé Coyer, à sa réception le dimanche 8 Mai 1763*. Nancy; París: Babin; Duchesne, 1763.

D'ALEMBERT, Jean Le Rond. *Réflexions sur l'état présent de la République des Lettres pour l'article gens de lettres, écrites en 1760 et par conséquent relatives à cette époque*. In: D'ALEMBERT, Jean Le Rond. *Œuvres et correspondances inédites*. Ed. Charles Henry. Ginebra: Slatkine, 1967. p. 67-79.

D'ALEMBERT, Jean Le Rond. *Essai sur la société des gens de lettres et des grands, sur la réputation, sur les mécènes, et sur les récompenses littéraires*. Milán: Fondazione Giangiacomo Feltrinelli, 2003.

[D'HOLBACH, Paul Henri Dietrich, baron]. *Éthocratie ou le Gouvernement fondé sur la morale*. Ámsterdam: Marc-Michel Rey, 1776.

DIDEROT, Denis. Correspondance. In: DIDEROT, Denis. *Œuvres complètes de Diderot*

³⁴ Paul Vernière (1987) y Éric Walter (1973) utilizan el término *intelligentsia* para referirse a esta nueva elite de intelectuales.

revues sur les ́ditions originales comprenant ce qui a ́t́ publí ́ diverses ́poques et les manuscrits inédits conservés ́ la Biblioth́que de l'Ermitage. v. XVIII-XX. Paris: Garnier Frères, 1876-1877.

DIDEROT, Denis. *Encyclopédie.* In: *Encyclopédie ou Dictionnaire raisonné des sciences, des arts et des métiers. Par une société de gens de lettres; mis en ordre et publié par M. Diderot (...) et quant ́ la partie mathématique, par M. d'Alembert.* Paris: France-expansion, 1972 – reproducci3n de las ediciones de: Paris: Briasson; David l'aíné; Le Breton; Durand, 1751-1757, v. I-VII; [Neuchâtel]: Samuel Faulche et Compagnie, 1765, v. VIII-XVII – v. V, p. 635-648a.

DIECKMANN, Herbert (ed.). *Le Philosophe. Texts and Interpretation.* Saint-Louis: Washington University Studies, 1948.

DUCLOS, Charles. *Considérations sur les mœurs de ce siècle*, 1.^a ed. [Paris]: [Laurent-François Prault o Bernard Brunet], 1751.

DUCLOS, Charles. *Considérations sur les mœurs de ce siècle*. 5.^a ed. Paris: Prault, 1767.

[DUMARSAIS, César Chesneau]. Le philosophe. In: [ANÓNIMO]. *Nouvelles libertés de penser.* Ámsterdam: [Piget], 1743. p. 173-204.

[DUMARSAIS, César Chesneau]. Philosophe. In: *Encyclopédie ou Dictionnaire raisonné des sciences, des arts et des métiers. Par une société de gens de lettres; mis en ordre et publié par M. Diderot (...) et quant ́ la partie mathématique, par M. d'Alembert.* Paris: France-expansion, 1972 – reproducci3n de las ediciones de: Paris: Briasson; David l'aíné; Le Breton; Durand, 1751-1757, v. I-VII; [Neuchâtel]: Samuel Faulche et Compagnie, 1765, v. VIII-XVII – v. XII, p. 509-511.

GARNIER, Jean-Jacques. *L'homme de lettres.* Paris: Panckoucke, 1764.

[GIRY DE SAINT-CYR, Joseph]. *Catéchisme et décisions de cas de conscience, ́ l'usage des Cacouacs, avec un Discours du patriarche des Cacouacs, pour la réception d'un nouveau disciple.* Cacopolis [Paris], 1758.

[GIRY DE SAINT-CYR, Joseph]. Premier mémoire pour servir ́ l'histoire de Cacouacs (incluida en el *Mercur de France*, primer volumen de oct. de 1757, p. 15, bajo el título de Avis utile). In: VISSIÈRE, Jean-Louis (ed.). *La secte des empoisonneurs: polémique autour de l'Encyclopédie de Diderot et d'Alembert.* Aix-en-Provence: Publications de l'Université de Provence, 1993. p. 40-42.

Journal de Trévoux ou Mémoires pour servir ́ l'histoire des sciences et des arts, edici3n facsímil. Ginebra: Slatkine Reprints, 1968, 67 v.

Journal Encyclopédique. Paris, 1760 [Bibliothèque nationale de France: MFILM Z-51274-52118].

[LA HARPE, Jean François de]. *L'Aléthophile ou l'ami de la vérité.* Ámsterdam: [s.n.], 1758.

LA HARPE, Jean François de; MARMONTEL, Jean-François. *Discours prononcés dans l'Académie française le jeudi 20 juin 1776 à la réception de M. de La Harpe*. París: Demonville, 1776.

KANT, Immanuel. Respuesta a la pregunta: ¿qué es la Ilustración?. In: ERHARD, Johann Benjamin; FREIHERR VON MOSER, Karl Friedrich *et al.*, *¿Qué es Ilustración?* Trad. Agapito Maestre y José Romagosa. Madrid: Tecnos, 1989. p. 17-25.

LE FRANC DE POMPIGNAN, Jean-Jacques; DUPRÉ DE SAINT-MAUR, Nicolas-François. *Discours prononcés à l'Académie française, le lundi 10 mars 1760, à la réception de M. Lefranc de Pompignan*. París: Brunet, 1760.

MALESHERBES, Guillaume-Chrétien de Lamoignon de. *Discours prononcés dans l'Académie française, le jeudi 16 février 1775, à la réception de M. de Lamoignon de Malesherbes*. París: Demonville, 1775.

MERCIER, Louis-Sébastien. *Le bonheur des gens de lettres*. Londres; París: Cailleau, 1766.

MERCIER, Louis-Sébastien. *L'an deux mille quatre cents quarante*. [S.l.]: [s.n.], 1786. 3 v. [MOREAU, Jacob-Nicolas]. *Nouveau mémoire pour servir à l'histoire de Cacouacs*. Ámsterdam: [s.n], 1757.

NECKER, Jacques. *De l'administration des finances de la France*. [S.l.]: [s.n.], 1784, 3 v.

PALISSOT DE MONTENOY, Charles. *Petites lettres sur de grands philosophes*. París: [s.n], 1757.

PALISSOT DE MONTENOY, Charles. *Divertissement exécuté sur le nouveau théâtre de Nancy, le 26 novembre 1755, jour de la dédicace de la statue de sa Majesté très chrétienne*. Nancy: P. Antoine, [ca. 1760].

PALISSOT DE MONTENOY, Charles. *Les philosophes, comédie, en trois actes, en vers. Représentée pour la première fois par les Comédiens Français ordinaires du Roi le 2 Mai 1760*. París: Duchesne, 1760.

ROUSSEAU, Jean-Jacques. *J. J. Rousseau, citoyen de Genève, à Mr. d'Alembert, de l'Académie Française, &c. &c. &c. sur son article Genève dans le VII^e volume de l'Encyclopédie, et particulièrement sur le projet d'établir un Théâtre de Comédie en cette ville*, 3.^a ed. Ámsterdam: Marc Michel Rey, 1762.

VOLTAIRE. The "lettre sur les inconvénients attachés à la littérature". In: VOLTAIRE. *Voltaire's Correspondence*, v. II. 1726-1732. *Letters 252-539: England*, ed. Theodore Besterman. Ginebra: Institut et Musée Voltaire, 1953. p. 420-424.

VOLTAIRE. *Correspondance*. Editado por Theodore Besterman, notas de Besterman traducidas y adaptadas por Frédéric Deloffre. [París]: Gallimard, 1978-1992, 13 v.

[VOLTAIRE; PALISSOT DE MONTENOY, Charles]. *Lettres de M. de Voltaire à M. Palissot et les réponses, à l'occasion de la Comédie des Philosophes*. Ginebra [París]: [Duchesne], 1760.

Fuentes secundarias

- BADINTER, Élisabeth. *Les passions intellectuelles*, v. II. Exigence de dignité (1751-1762). París: Fayard, 2002.
- BAKER, Keith Michael. Politique et opinion publique sous l'Ancien Régime. Trad. Jean-François Sené. *Annales ESC*, n. 1, p. 41-71, 1987. Disponible en: <https://doi.org/10.3406/ahess.1987.283368>. Consulta: 14 ene. 2022.
- BAKER, Keith Michael; CHARTIER, Roger. Dialogue sur l'espace public. *Politix*, v. 26, p. 5-22, 1994.
- CASES MARTÍNEZ, Víctor. El caso Damiens y la desacralización de la monarquía francesa. *Studia Historica: Historia Moderna*, v. 43, n. 2, p. 339-368, 2021. Disponible en: <https://doi.org/10.14201/shhmo2021432339368>. Consulta: 28 jul. 2022.
- CHARTIER, Roger. *Espacio público, crítica y desacralización en el siglo XVIII*. Los orígenes culturales de la Revolución Francesa. Trad. Beatriz Lonné. Barcelona: Gedisa, 2003.
- CHARTIER, Roger. El hombre de letras. In: VOVELLE, Michel (ed.). *El hombre de la Ilustración*. Versión española José Luis Gil Aristu. Madrid: Alianza, 1995. p. 151-195.
- CONNORS, Logan James. *Dramatic Battles in Eighteenth-Century France: Philosophes, Anti-philosophes and Polemical Theatre*. Oxford: Voltaire Foundation, 2012.
- DARNTON, Robert. *Los best sellers prohibidos en Francia antes de la Revolución*. Trad. Antonio Saborit. Buenos Aires: FCE, 2008.
- DARNTON, Robert. *El coloquio de los lectores*. Ensayos sobre autores, manuscritos, editores y lectores. Trad. Antonio Saborit y Alberto Ramón. México: FCE, 2003.
- FERRET, Olivier. *La fureur de nuire: échanges pamphlétaires entre philosophes et antiphilosophes, 1750-1770*. Oxford: Voltaire Foundation, 2007.
- GUÉNOT, Hervé. Palissot de Montenoy un "ennemi" de Diderot et des philosophes. *Recherches sur Diderot et sur l'Encyclopédie*, n. 1, p. 59-63, 1986. Disponible en: <https://doi.org/10.3406/rde.1986.871>. Consulta: 14 ene. 2022.
- HABERMAS, Jürgen. *Historia y crítica de la opinión pública*. La transformación estructural de la vida pública. Trad. Antonio Doménech con la colaboración de Rafael Grasa. Barcelona: Gustavo Gili, 2002.
- JAUME, Lucien. L'opinion publique selon Necker: entre concept et idée-force. In: FERNÁNDEZ SEBASTIÁN, Javier; CHASSIN, Joëlle (eds.). *L'avènement de l'opinion publique*. Europe et Amérique XVIII^e-XIX^e siècles. París: L'Harmattan, 2004. p. 33-50.
- LEPAPE, Pierre. *Voltaire le conquérant*. Naissance des intellectuels au siècle des Lumières. París: Seuil, 1994.
- LU, Jin. *Qu'est-ce qu'un philosophe? Éléments d'une enquête sur l'usage d'un mot au siècle des Lumières*. Saint-Nicolas: Les Presses de l'Université Laval, 2005.

- MASSEAU, Didier. *Les ennemis des philosophes*. L'antiphilosophie au temps de Lumières. París: Albin Michel, 2000.
- MASSEAU, Didier. La promotion de l'homme de lettres chez Duclos et chez d'Alembert: rapports de force et stratégies discursives. In: DURANTON, Henri (ed.). *Le pauvre diable*. Destins de l'homme de lettres au XVIII^e siècle. Saint-Étienne: Publications de l'Université de Saint-Étienne, 2006. p. 311-320.
- MORNET, Daniel. *Les origines intellectuelles de la Révolution française: 1715-1787*. París: Armand Colin, 1933.
- MORTIER, Roland. La satire, ce "poison de la littérature": Voltaire et la nouvelle déontologie de l'homme de lettres. In: MACARY, Jean (ed.). *Essays on the Age of Enlightenment in Honour of Ira O. Wade*. Ginebra: Droz, 1977. p. 233-246.
- MORTIER, Roland. Voltaire et la dignité de l'écrivain. In: MORTIER, Roland. *Les combats des Lumières*. Recueil d'études sur le dix-huitième siècle, prefacio de Robert Darnton. Ferney-Voltaire: Centre International d'Étude du XVIII^e Siècle, 2000. p. 151-159.
- PAPPAS, John. D'Alembert et la nouvelle aristocratie. *Dix-huitième Siècle*, v. 15, p. 335-343, 1983. Disponible en: <https://doi.org/10.3406/dhs.1983.1452>. Consulta: 14 ene. 2022.
- PAYNE, Harry C. *The Philosophes and the People*. New Haven; Londres: Yale University Press, 1976.
- RÉTAT, Pierre (ed.). *L'attentat de Damiens*. Discours sur l'événement au XVIII^e siècle. París; Lyon: CNRS; Presses Universitaires de Lyon, 1979. Disponible en: <https://doi.org/10.4000/books.pul.551>. Consulta: 28 jul. 2022.
- ROGGERONE, Giuseppe Agostino. *L'Encyclopédie e la satira*. Charles Palissot. Nápoles: Guida, 1983.
- SHOWALTER, English. "Madame a fait un livre": Madame de Graffigny, Palissot et les philosophes. *Recherches sur Diderot et sur l'Encyclopédie*, v. 23, p. 109-125, 1997. Disponible en: <https://doi.org/10.3406/rde.1997.1392>. Consulta: 14 ene. 2022.
- TOCQUEVILLE, Alexis de. *El Antiguo Régimen y la Revolución*, ed. Antonio Hermosa Andújar. Madrid: Istmo, 2004.
- VAN KLEY, Dale Kenneth. *The Damiens Affair and the Unraveling of the Ancien Régime, 1750-1770*. Princeton: Princeton University Press, 1984. Disponible en: <https://doi.org/10.1515/9781400857289>. Consulta: 28 jul. 2022.
- VERNIÈRE, Paul. Naissance et statut de l'intelligentsia en France. In: MERVAUD, Christiane; MENANT, Sylvain (eds.). *Le siècle de Voltaire: hommage à René Pomeau*. Oxford: Voltaire Foundation, 1987. v. II, p. 933-941.
- VEYSMAN, Nicolas. *Mise en scène de l'opinion publique dans la littérature des Lumières*. París: Honoré Champion, 2004.

WALTER, Éric. Sur l'intelligentsia des Lumières. *Dix-huitième Siècle*, v. 5, p. 173-201, 1973. Disponible en: <https://doi.org/10.3406/dhs.1973.1039>. Consulta: 14 ene. 2022.